

las, gozándose con sumo gozo en contemplar y oír á las dos ausentes, á Popea y Acté, que llevaba en lo interior de su alma y aparecían á cada evocación suya en los infinitos espacios de su pensamiento, embargado con incontrastable y continuo embargo del amor y del arte. Colocados ya todos los asistentes en sus sitios respectivos, empezaron las conversaciones predecesoras del discurso que rumiaba el infeliz Británico, y que fulminado por sus labios debía caer como un rayo sobre su cabeza y troncharla.



CAPITULO X

IMPLACABLES VENGANZAS

Tres grupos capitales formaban los asistentes al banquete: los grupos de Británico y sus compañeros; de Nerón y su familia; de los filósofos y poetas, presididos aquéllos por Séneca y éstos por Lucano. El gasto y el enorme lujo excedían en estas comidas á cuanto en otras se mostrara. No podía el Palatino, la residencia de los emperadores, dejarse vencer por nadie, á causa de que no podía superarlo todo sino siendo superior á todos. Así las escuadras del Imperio empleábanse muchas veces en llevar manjares al emperador. Nerón ponía desde los parthos hasta los andaluces á contribución para que le regalaran y enriquecieran la mesa. Los huevos más ricos de mujol mediterráneo, los sesos mejores de faisanes bravos y pavos indios llegaban en las naves que por cuenta del Estado recorrían todas las costas del mar. Las ostras del hermoso Lucrino, las almejas de Lusitania, las castañas negras y amarillas, las aves más raras puestas sobre muy gordos espárragos costaban un ojo de la cara y hacían perder de gusto el sentido á los glotones romanos. Las flores, únicamente las flores allí esparcidas, en meses á ellas tan opuestos como enero, costaban millones de sestercios. No

hablemos de la decoración fastuosísima, de los perfumes concentrados químicamente y luego diluidos en los aires hasta compenetrarse en ellos, de los regalos apercebidos á cada convidado según su categoría y dignidad. Cultivábanse ya en las aguas con dispendios enormes las gelatinas llenas de numerosos huevecillos que contenían sabrosos pescados, tan caros como si fueran objetos fabricados con metales preciosos. Aquel orador tan celebrado en los últimos días de la República, Hortensio, se ufanaba, más que del brillo de sus arengas, del acierto con que mostró á sus conciudadanos la mejor manera de asar los pavos reales. Las gallinas africanas merecían menciones de Plinio. No hablemos de vinos: el mismo Sófocles denominó á Italia la tierra preferida de Baco. Las aceitunas y los aceites que llegaran en tiempo de los Tarquinos obtenían superior cultura y privaban por su excelente sabor. En higueras se las apostaban los italianos con los griegos, y su cultivo se pierde allá en la noche de los tiempos y se junta en la obligada memoria romana con el agradecimiento á las primeras divinidades itálicas. Pero no obstaba esta fecundidad del suelo propio para que los italianos comieran en tiempo de Nerón higos prensados y secos de Siria y de Africa. No menos gustadas las almendras, aunque más recientes, pues no las probó Roma sino después de Claudio, como no probó las ciruelas sino después de Catón, como no probó las cerezas sino después de Lúculo, es decir, en tiempos muy cercanos. Al revés las granadas y su origen se perdían en tiempos inmemoriales. No así los melones y las sandías, que se habían extendido bajo el tercer emperador, contando como tal á Julio César, bajo Tiberio, predecesor de Calígula, como Calígula de Claudio, como Claudio de Nerón. A esto se unían toda clase de ricas especias que regalaban el gusto y el olfato en aquellos babilónicos banquetes romanos, ante los cuales hubieran palidecido tantos y tan célebres como legaran á la humana historia Baltasar y Sardanápalo. Pues los banquetes que tenían algo de litúrgicos y religiosos, como los dados en las saturnales, aún excedían en riqueza y lujo y brillo á los banquetes dados en otras ocasiones y con otros motivos diversos. Nerón á sí mismo se sobrepusiera en aquel banquete, donde, por precepto sacro, Británico debía orar como un César divino y él callarse como

un mísero esclavo: que tal inversión de oficios y tal cambio de papeles pedían las saturnales.

Pues si el paladar y el olfato se regalaban en estos banquetes, no se regalaban menos los ojos. Las preciosas telas multicolores de lino; las gasas abigarradísimas y cubiertas con realces de oro; las sedas finas de suyo hasta transparentarse; los mantos de tisús mencionados por Plinio y Tácito como verdaderas maravillas; los cambios frecuentes de trajes á cual más rico; la vistosidad de colores á cual más llamativo; las púrpuras y carmines tirios; los tintes amatistas de un precio tal que por disposiciones suntuarias vióse Nerón obligado á prohibirlos; los diamantes llevados por Mitrídates la primera vez á Roma y puestos en tumbagas; las esmeraldas escitas; los ópalos rosadísimos, las vitrificaciones de todos matices talladas por buriles artísticos de primer orden; las perlas más estimadas que todas las otras piedras y tan en favor que los Césares las incrustaban en los cubículos donde dormían, cuando algunas costaran seis millones de sestercios, como la que regaló á Servilia, madre de Bruto, Julio César; las redes hechas para sobrepuestas á las vestiduras con aljófares y piedras preciosas que llegaron á costar cuarenta millones de sestercios; los tesoros y joyeles del Asia y del Oriente, hacían de una comida imperial espectáculo tan maravilloso, que apenas podemos concebirlo en los desvaríos y exageraciones de nuestra imaginación, ni aun excitándola y sobresaltándola con exageraciones más ó menos fantásticas adrede. Pero lo más inconcebible todavía para nosotros, acostumbrados al esparcimiento y recreo en los regocijos, era ver sobre tanto exceso de vida, sobre tantas obras de arte, sobre tantos dispendios hechos para la nutrición y por ende para la conservación del cuerpo, volando, como un enorme y negro murciélago de negras alas, nada más que la muerte, compañera inseparable de todo despotismo. Podía decirse que sobre Locusta, sobre sus alquimias, sobre sus componendas, sobre sus maniobras, sobre sus cazoletas, como sobre bases inconmovibles, ponía Nerón toda la inmensa mole del Imperio. Así, mientras tuviese á la envenenadora envuelta en misterios, apareciendo como una evocación de magia y desapareciendo como una sombra del orco, pronta siempre á herir sin avisar, no se curaba mucho de cuanto contra él hacían, en la

seguridad completa de romperlo y desbaratarlo por un poder tan eficaz de suyo y tan incontrastable para la destrucción como el poder de la muerte. Así una nube de tristeza corría por el aire aquel, trocándolo en pesadísimo, á manera de las presiones atmosféricas que adoloran la frente y encienden los ojos. Mas escuchemos las conversaciones entabladas en el banquete por los tres grupos á que aludiéramos antes, y que nos darán el hilo para ir por aquel intrincado laberinto de pasiones, á cual más intensa en los corazones, por lo mismo que no cabía la exterior expresión, permitida únicamente á los pueblos libres, ni la franca y leal aparición de lo encerrado en las entrañas del espíritu. Cada romano llevaba junto á sí un esbirro. Sobre las orquestas de un festín se oían sollozos de duelos y entierros. Nadie sabía si al apurar una copa de falerno, apuraba un verdadero tósigo. A lo mejor desaparecían los ciudadanos como si hubieran caído en el averno, y nadie preguntaba por el desaparecido en los temores naturales á que trajese aparejada la pregunta una sentencia de muerte. Así muchas veces iban los convidados á estos convites como reses al matadero, muy recelosos, muy escamados, con los párpados y los oídos abiertos á todos los vientos, ignorando si el suelo estaría minado, y al poner la planta sobre aquella superficie se les hundiría con verdadero estrépito y los devoraría con su insaciable voracidad. Y este carácter, común á todas las festividades aquellas, recrudesciese por una razón muy natural en festividad imperial y religiosa y artística y carnavalesca como las saturnales. Mas escuchemos á los principales interlocutores.

— ¡Grandioso festín este festín de la libertad! — exclamaba gozoso Británico sin ver la muerte que aleteaba sobre su cabeza.

— Preferiría un banquete de Platón — añadió Tito, acostado en los lechos de la mesa, junto á su predilecto Británico.

— Pues yo digo — añadió Vitelio, muy ligado entonces con los dos jóvenes príncipes, á causa de la nueva dirección trazada por las ideas de Agripina respecto del pobre y amenazado Británico; — yo digo que un rey de nuestros festines romanos, cosa ninguna puede envidiar al mismísimo Sócrates en persona, al mismísimo Sócrates.

— Habla con más respeto de Sócrates, Vitelio — dijo al privado de su madrastra el príncipe.

— Yo, ni le denuesto ni le desdoro; mas estoy en el caso de advertir que prefiero los banquetes romanos á los banquetes platónicos, porque no había en éstos el toque de regocijo y de voluptuosidad que hay en los nuestros.

— ¡Voluptuosidad! — exclamó Tito. — Exceso de vida y de sentimiento. ¡Oh! Mucho más á la naturaleza cuadra y mucho más con lo pobre de nuestro ser concuerda una dulce tristeza.

— Siempre, sí, mas no ahora, no en esta festividad hermosa de las saturnales, festividad en que podemos dar al viento las ideas como nos plazca y hacer aquello que gustemos.

— ¡Triste libertad ésta violentísima y transitoria! En vez de luz tibia, dulce, templada, luz de sol que dura, es luz intensa y centelleante, luz de relámpago que te deslumbra, te ciega, te atruena, te sacude con violencia y pasa.

— No hablemos de libertad — exclamó Británico, — no hablemos de libertad — viendo el melancólico sesgo que habían tomado las ideas de su hermano espiritual Tito á este respecto. — Hablemos de lo que antes hablábamos, de los festines en Roma.

— Pues hablando de los festines en Roma, dígame, mi buen Tito, que nadie conoce lo capital y lo primero de ellos, los coloquios célebres, los dichos inolvidables, las frases consagradas por el tiempo, como Vitelio, reputado entre todos de muy buena memoria.

— Pues dínos frases consagradas y célebres, Vitelio, puesto que las guardas con tal cuidado en la memoria y luego las recitas con tanta facilidad de corrido y de coro.

— Te gustará, Tito, te gustará mucho el arte con que Vitelio recita estas frases.

— Una vez — dijo Vitelio, entrando de lleno en materia y sin hacerse rogar más — que Aníbal, errante y proscrito, encontró franca hospitalidad en la corte de Antíoco, como éste, para deslumbrar al gran general cartaginés le mostrase arneses de todos colores, armas cinceladas como juguetes, elefantes cargados con torres de marfil en sus espaldas, bridas de oro y frenos de plata, diciéndole si habría con todo aquello bastante para los romanos, respondióle Aníbal: «no bastante, sobrado, por avarientos que sean.»

— Pues yo creo más graciosa y feliz — añadió Británico — aquella otra respecto de Marco Antonio, que has dicho en varias ocasiones á mis amigos, según éstos me han contado.

— No me atrevería, no, á ese recuerdo por tratarse de un tan cercano deudo tuyo.

— No importa el parentesco mío con él. Dila.

— Con tu permiso. No ignoráis que Antonio, el gran general romano, bebía mucho. Y no ignoráis que, vencido, no obstante su valor hercúleo, en Módena, fué al Egipto. Y como le preguntasen á un subordinado suyo qué hacía el general en el Nilo, respondió: «hace aquello que hacen los perros egipcios, bebe corriendo.» Con efecto, es tal el miedo que tienen los perros egipcios á los cocodrilos del río, que para no caer en sus fauces, beben las aguas á una carrera tan precipitada, que casi vuelan.

— Me gusta más el dicho de Demóstenes respondiendo á quien le dijo que por un medio talento podría pasar una noche á su gusto con la cortesana Lais: «no quiero comprar tan caro un remordimiento.»

— Pues aún me parece mejor el dicho de Publio — exclamó á su vez Vitelio, — que viendo al envidioso Minucio muy triste, dijo: «ignoro qué mal puede haberle sobrevenido á él, ni qué bien á otro.»

— Profundísima frase — dijeron á una todos los circunstantes.

— Cicerón — continuó diciendo Vitelio — se distinguía, no sólo por sus períodos elocuentes, por sus dichos agudos. Una vez que le dieron falerno casi en mosto, encareciéndolo como vino de cuarenta años, exclamó: «nadie diría que fuera tan entrado en edad, parece un muchacho.» En otra ocasión, como le dieran á su hermano Quinto una espada muy larga, siendo él muy bajo, preguntó: «¿quién ata el cuerpo de Quinto á esa espada de Titán?» Y lo mismo era el emperador Augusto de ocurrente y donoso. En cierta ocasión, como le diera su cese á un prefecto de caballería, y éste le pidiese un premio en dinero, diciendo que no lo pedía por lo provechoso de tal suma, sino porque todo el mundo supiese que se la había dado el emperador, «pues mira — dijo éste, — di á todo el mundo que te he dado la cantidad, y no lo negaré yo.» Cierta jorobado abogaba en su presencia, y como dijera: «si algo ves en

mí de incorrecto enderézame.» «Puedo advertirte — le contestó Augusto; — no puedo enderezarte.» Saberio también se distinguía por sus dichos, entre los cuales hay muchos célebres. «Piensa en tus tratos con los amigos — decía, — que alguna vez pueden ser tus enemigos. A nadie permitáis ni toleréis cosas ó especies que pasen allende lo razonable ni lleguen allende lo permitido. Jamás conjuraréis un daño grande sin arriesgaros á correr otro igual ó mayor.»

— ¡Muy bien está eso! — exclamó Británico; — mas ya es hora de que yo me levante y diga lo que debe decir un emperador semanal, como yo, á sus esclavos.

En efecto, la ficción de que Británico reinaba se llevó á los mayores extremos. El rey de aquel grandioso festín le pedía las órdenes á él y no á ningún otro. Las reverencias y las genuflexiones de los cortesanos hacíanse ante su persona y no ante la persona de Nerón. Quemaban los sacerdotes incienso en sus narices y rogaban por él en las litúrgicas fórmulas á los dioses. Servíanse primero que á nadie los platos, pues el verdadero César no parecía sino uno de tantos en aquella inversión de todas las dignidades, impuesta por las añejas costumbres y por la secular liturgia. Británico ponía los temas de la conversación; Británico señalaba el orden regular en que debían ir llegando los platos; Británico aceptaba todos los homenajes; Británico disponía toda la serie de diversos espectáculos compañeros de aquella grande fiesta. No había mesa imperial de gala, como decimos ahora, mesa de aparato, mesa de verdadera rúbrica cesárea, sin que acudiesen los libertos en tropel y los patricios humillados, y el sacerdocio dispuesto á tributar un culto al César que antes á los dioses tan sólo se consagraba, y los farsantes ó cómicos para representar cualquier diversión, y los bailarines y las bailarinas para trenzar danzas, y los bufones para decir gracias, y para dar saltos los titiriteros, y para tocar las músicas, y para entre sí matarse los pobres gladiadores en aquella mezcla de voluptuosidades y de carnicería que compuso la perversión imperial con todos sus excesos y todos sus escándalos. Aquella cena saturnal sobrepujaba en esplendor á todo por el dios de los dioses á quien se dirigía; por los ritos que la consagraban; por la fuerza del tiempo y de la tradición que la mantenían;